

## Tribuna abierta

# Reflexiones víricas

POR Enrique Zuazua



Me parece que todo está ya escrito sobre lo que pasa en Euskadi, que es lo mismo que en el resto del Estado. Es muy fácil mirarse al ombligo para contemplar un paisaje familiar. Mejor miremos al horizonte y hagamos un ejercicio riguroso de autoexamen para valorar justamente dónde estamos y para completar la lista de todo lo que nos queda por hacer

EN el verano de 1989 tuve la oportunidad de visitar por primera vez la Universidad Federal de Río de Janeiro para impartir un curso de iniciación a la investigación en su Instituto de Matemáticas. Allí era invierno, pero el clima era parecido al que nosotros estábamos acostumbrados en un verano generoso en nuestras costas vascas.

Mi hoy más que amigo Fred, profesor de aquella universidad, a quien por entonces apenas conocía, que había cuidadosamente preparado todos los detalles de aquel iniciático viaje, me recogió en el aeropuerto. Por aquella época, mi cuerpo podía pasar una noche en el avión sin inmutarse. Al salir del terminal me llamó poderosamente la atención el olor azucarado, intenso, sabor casi, que empapaba el aire. Fred me explicó que la mayoría de los coches de la ciudad circulaban consumiendo combustible de caña de azúcar. De ahí el aroma dulzón.

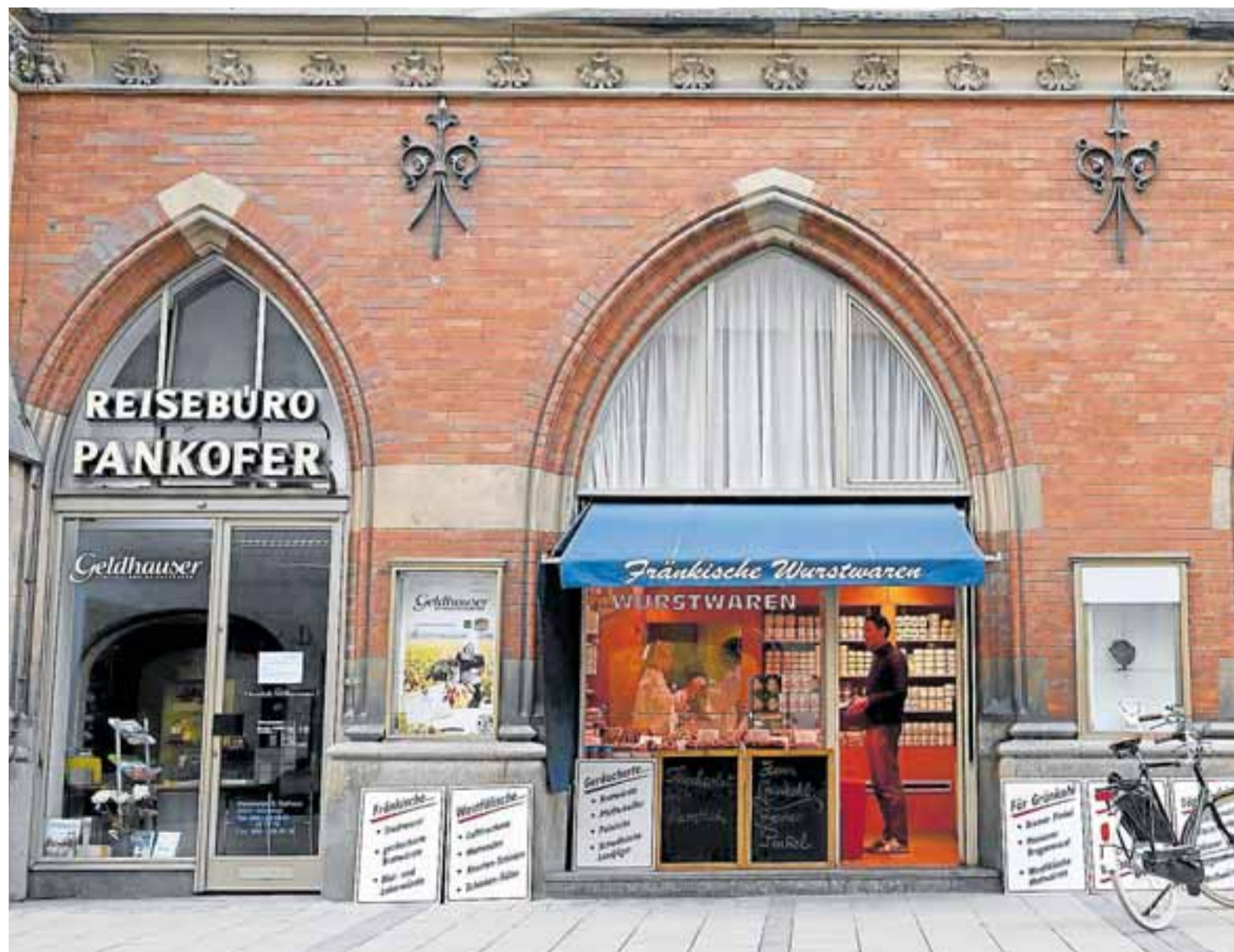
El chiste por entonces era que los conductores también lo hacían, refiriéndose a la cachaça de las caipiriñas, el aguardiente de caña que en sus versiones más baratas podía y puede acabar con la flora intestinal de casi cualquiera, pero que en las más elaboradas es puro oro. Más tarde llegaría la *Ley Seca* que prohibiría el consumo de una sola gota de alcohol a los conductores, cambiaría los hábitos de estos radicalmente y salvaría muchas vidas desde entonces. También, poco a poco, el combustible autóctono fue dando paso a la gasolina común, a la vez que el pintoresco e identificativo olor desaparecía de la ciudad.

En los kilómetros que nos separaban del aeropuerto al centro de la ciudad no pude dejar de mirar, boquiabierto al parecer, por la ventanilla, hasta que Fred, que conducía, me preguntó: “¿Qué es lo que te sorprende?”. Le dije que era el contraste que se apreciaba en el urbanismo, de una calle a otra, o incluso en una misma calle, donde se yuxtaponían urbanizaciones de lujo y favelas, que para mí eran chabolos. Fred me explicó en *portuñol* que a eso se le llamaba el “Tercer Mundo” y que, contrariamente a lo que yo podía imaginar, no se caracterizaba por el hecho de que todo el mundo fuese pobre sino en un reparto brutalmente desigual de la riqueza. Obviamente, él podía anticipar mi pensamiento, pues me había visto estudiar y vivir en París.

Creo que entendí la lección. Una imagen vale más que mil palabras. Desde entonces, mis ojos han visto muchos lugares que mi cerebro ha clasificado, involuntariamente, como Tercer Mundo. Y no siempre han sido en lugares remotos. Cuando el vertedero de Zaldibar se derrumbó, mi mente asoció las imágenes del desastre a aquellos registros que, más de treinta años atrás, quedaron impresos en ella para siempre. Eibarés de origen, me interesé por el lugar exacto en que habían sido enterrados Alberto y Joaquín, irremediadamente, por un mar de tierra. Pude constatar que el barranco en cuestión estaba a un par de curvas por la autopista del campo de fútbol de Ipurua, del equipo Eibar de Primera División. La cohabitación del vertedero, completamente descontrolado, a unos cientos de metros del área urbana de una de nuestras ciudades más emblemáticas, me retrotrajo a aquel momento en que pisé tierra brasileña. Quien conozca aquel país sabe que, de tener derecho a pedir lugar de nacimiento para esa segunda imposible vida que no tendremos, aquel es un paraíso muy tentador como elección posible. Pero un análisis más cuidadoso de la situación nos haría inmediatamente excluir la opción. ¿Y si el deseo se nos concediese y tuviéramos la mala suerte de nacer en una de esas numerosísimas familias pobres hasta los huesos y no en una de, digamos, clase media, en la que los progenitores pueden asegurar una vida

digna a sus vástagos? ¿Arriesgaríamos ser condenados a la miseria por la improbable suerte de nacer en una de las mansiones que miran al Atlántico desde la floresta? Ni siquiera la cigüeña más experimentada podría asegurarnos el éxito de nuestra apuesta pues, puerta con puerta, en el Tercer Mundo, conviven la miseria y la riqueza más lujuriosa. El accidente de Zaldibar me conmovió profundamente. Todavía lo hace hoy, cuando ya no hay esperanza alguna para quienes sucumbieron sin previo aviso en un día que había amanecido para ser normal. No me suele gustar hablar de ello, pues rápidamente puede malinterpretarse en clave política. Y no es esa la dimensión que me interesa. Pero me entristece profundamente ver que, habiendo tenido la oportunidad de construir el país que nosotros queríamos, con todos los recursos y plena libertad, no hayamos sido capaces de evitar este tipo de desastres. Los mil seiscientos kilómetros que separan mi tierra actual, Baviera, de la que siempre será la mía, no hace más que aumentar la congoja y el desasosiego. La distancia despierta la añoranza y acentúa la impotencia. Podríamos construir una historia paranoide, imaginando que fue el polvo que levantó el derrumbe de Zaldibar el que dispersó en nuestro aire el dichoso coronavirus. Pero no es así. Sabemos que viene de Wuhan, en la China cada vez menos remota. Nada nuevo podría decir sobre el virus que no se haya dicho ya. Intento simplemente entender el mensaje que encierra. Y solo puedo deducir que se trata de una llamada de atención.

Hace tiempo que lo venía observando y eso es lo que me trajo a tierras germanas, atraído por la corriente de Alexander von Humboldt, para quien no hubo fronteras. Él fue uno de los más grandes de la historia de la humanidad, que quiso entender las claves de la Naturaleza y al hacerlo dio eterno ejemplo que aún inspira a las nuevas generaciones de investigadores que llegan hasta aquí, de todo el mundo, buscando las oportunidades que sus países les niegan. El virus también nos visita aquí en Alemania, pero, por alguna razón, parece menos agresivo. Las autoridades han tomado medidas a tiempo, la ciudadanía es disciplinada; los políticos, rigurosos, y el sistema sanitario parece haber predicho y previsto y dispone de recursos para evitar una catástrofe. Me preguntan ahora mi opinión y no sé qué decir. Me parece que todo está ya escrito sobre lo que pasa en Euskadi, que es lo mismo que en el resto del Estado. Es un hecho que la suerte está desigualmente distribuida por el mundo y España, que tuvo la oportunidad de construir una democracia moderna, europea, decidió hacerlo orgullosamente a su manera. Esa mezcla de picaresca, de improvisación, de falta de rigor, de salero, de alegría, de abrazos, de sol y playa, pero también de falta de empleo, con sus emprendedores y científicos en la diáspora, ha generado el contexto que hoy el covid-19 nos muestra con una estadística devastadora. Ojalá pase pronto. Lo hará. Basta con quedarse en casa dos meses, como en China, y esperar a que amaine. Mi más rotundo apoyo y entrañable recuerdo a los afectados por



## Colaboración

la desgracia y mi admiración para quienes luchan contra el enemigo invisible en una guerra macabra. Todos ellos, que creían vivir seguros, no son los culpables, sino los héroes de esta historia.

Nada queda cuando se va la vida. Ni para Alberto y Joaquín, ni para los miles de víctimas del covid-19. A sus familias les queda la desolación. Y a todos nosotros, una gran lección.

Hagamos del rigor, de la disciplina, nuestras banderas, que son compatibles con la de la alegría y el buen vivir. Pero hagámoslo con honestidad para que la gestión de lo público recaiga en quienes pueden hacerlo mejor y no solo en quienes están dispuestos a hacerlo ellos solos, a cualquier precio.

Brasil avanzó mucho, muchísimo, con gobiernos como los de Fernando Henrique Cardoso y Lula. Pero luego se impuso la inquina y hoy el país parece dispuesto a desandar en un mandato lo conseguido en cinco lustros.

Es muy fácil mirarse al ombligo para contemplar un paisaje familiar. Mejor miremos al horizonte y hagamos un ejercicio riguroso de autoexamen para valorar justamente dónde estamos y para completar la lista de todo lo que nos queda por hacer.

Son tiempos de paradoja. En estos días, la prensa entrevista a científicos españoles en la vanguardia de la investigación que conducirá a los test y las vacunas que hoy reclamamos desesperadamente. Casi todos ellos están en Estados Unidos. ¿Por qué no están aquí? ●

\* Matemático, FAU-Humboldt Erlangen, Fundación Deusto y Universidad Autónoma de Madrid



# Boteprontos de epidemia

POR Miguel Sánchez Ostiz



Si no mienten como respiran, al menos lo parece. Tal vez porque no saben por dónde salir y sospechan que no hay peor cosa que quedarse callados. Gobernantes y gobernados. Pero nada se gana manipulando datos

**P**RIMER botepronto: la esperanza en el advenimiento de un mundo nuevo y el fin de la era de globalización neoliberal es un anhelo generalizado y también un lugar común sin gran contenido concreto. No me gustaría pecar ahora de aguafiestas, pero no sé yo si eso no pasa de ser un pío deseo, por muy desbaratado que quede el paisaje después de esta galerna. Desearíamos que así fuera, pero no es posible saber con certeza si cuando salgamos de esta —siempre amanece sí, pero la noche puede ser muy larga— vamos a dejar a nuestra espalda el pellejo individualista y feroz, poco o nada cívico en muchos casos, por no decir asocial con descaro, o vamos salir vestidos como puercoespines dispuestos a comer en serio antes de ser comidos y a blindarnos en una individualidad de blocao, partidarios de un mundo autoritario y regido con mano firme, como si esto evitara nuevas epidemias o desastres económicos en los que podemos naufragar.

Segundo: los delatores de balcón no son una especie nueva, sino una aletargada que se ha despertado con nuevos bríos, azuzada por el daño común. Meten miedo y dan asco. A partes iguales. Los guardianes espontáneos del orden son temibles, como lo son los que aplauden y justifican los abusos de autoridad flagrantes con estado de alarma de por medio o miran para otra parte cuando no lo hay. Nunca entenderé ese maligno y virtuoso prurito de delatar, y festejar el castigo en cabeza ajena, por mucho que algunas actuaciones de ciudadanos ajenos a una elemental solidaridad sean ahora mismo execrables. Si ese espíritu delator es el que puede sostener el cambio de época, este puede ser temible.

Tercero: *Holanda declara la guerra a España*, titulaba hace un par de días un periódico que fue en tiempos de referencia. Exagerado, sin duda, pero la indecencia del político holandés con respecto a nuestro país ha puesto de relieve que la Unión Europea enseña los fondillos y que, ante un problema común, como es la pandemia que estamos viviendo, resulta poco menos que inoperante, incapaz de dar una respuesta urgente a un drama común. El cierre generalizado de fronteras y la imposibilidad de encontrar una estrategia económica y sanitaria común son el peor síntoma. No hay guerra, hay desacuerdo profundo, ruptura, soberanías irrenunciables vueltas sobre sí mismas, espejismo de común ciudadanía...

Y todo ello dejando a un lado que el recurso a la terminología bélica me parece inapropiado y cenagoso, ya lo empleó sin venir a cuento un uniformado que nos quiere formados a toque de

cornetín o un editorialista de prensa. Cuarto y último: si no mienten como respiran, al menos lo parece. Tal vez porque no saben por dónde salir y sospechan que no hay peor cosa que quedarse callados, en la confianza de que el aluvión de palabras de hoy quedará sepultado por el de mañana, y que el miedo o el alivio de luto que vamos sin duda a vivir harán olvidar lo sucedido. Mienten gobernantes y lo hacen de manera sectaria muchos gobernados, como esa derecha cavernaria que deterioró con sus recortes la sanidad pública y hora reclama más personal sanitario y más recursos, negando despidos y cierres... Una hipocresía criminal. Lo mismo cabe decir de los patriotas que pusieron a salvo sus dineros y ahora sacan pecho rojigualdo y piden cabezas. Hablan (*Ayuso today*) de repartir recursos de los que por el momento carecen. Que en muchos lugares falta material es una evidencia difícil de desmentir: lo dicen a grito los directamente afectados —enfermos y sanitarios—, suplantados por bustos parlantes de electos y uniformados de aparato que administran seguridades y alarmas. Esta situación, si de verdad fuera a cambiar nuestra vida futura, debería empezar, entre otras cosas, por la ausencia de engaños en la esfera pública. Nada se gana manipulando datos, manteniendo cifras oficiales en lo público y escondiendo cifras reales en las trastiendas. A nadie con algo de cabeza se le escapa que la situación es grave y extrema y que la pandemia, al margen de las truculencias informativas, es de mayor alcance. ●

\* Escritor

